

ta al brazo, servía á Renata con cómica solicitud, diciéndola:

—¿Qué te ha podido decir el señor de Saffré para enojarte tanto? ¿Te ha encontrado fea?

—¡Ah!—contestó la joven,—es un indecente. Nunca hubiese creído que un señor tan distinguido, tan cortés cuando está en mi casa, usara tal lenguaje. Pero le perdono. Lo que más me ha atacado á los nervios han sido las mujeres; parecían verduleras. Una sobre todo, se quejaba de un divieso que tiene en la cadera, y á poco se levanta las faldas para enseñárselo á todo el mundo.

Máximo reía á carcajadas.

—Te aseguro,—continuó Renata,—que no les comprendo. Son necias y estúpidas. ¡Y pensar que cuando yo te veía ir á casa de tu Silvia, me figuraba cosas prodigiosas, festines deliciosos, y voluptuosidades extraordinarias! Y ahora salimos con un tocador sucio y un salón lleno de mujeres que juran como carreteros. ¡Para eso, no vale la pena de ser mala!

Máximo quiso contestar, pero Renata impuso silencio y sujetando con la punta de los dedos un hueso de perdiz que roía delicadamente, añadió en voz más baja:

—Sí, el ser mala debe producir algún placer exquisito, querido mío... Yo, que soy una mujer honrada, cuando me aburro y cometo el pecado

de soñar lo imposible, estoy segura de encontrar cosas mucho más deliciosas que Blanca Muller.

Y con grave entonación terminó con esta frase de cándido cinismo:

—Todo es cuestión de educación ¿comprendes?

Continuaba el ruido de los coches, sin que se oyera ninguna nota más fuerte. Renata veíase obligada á levantar la voz para dejarse oír y los colores de sus mejillas aumentaban.

Quedaban aun sobre el aparador trufas, un segundo plato azucarado y espárragos, cosa rara en aquella estación. Máximo aproximó todo para no tener que volver á levantarse, y como la mesa era algo estrecha, colocó al lado, en el suelo, un cubo de plata lleno de hielo, en el cual había una botella de champagne. El buen apetito de la joven acabó por excitar el suyo, comió, y vaciaron la botella de champagne, desahogando después sus corazones en mutuas confianzas.

El ruido del bulevar había disminuido, pero á Renata, por el contrario, creíale que aumentaba y que todos los rumores se agitaban dentro de su cabeza.

Cuando llamaron para los postres, ella se levantó y sacudiendo su larga blusa de seda, para dejar caer las migajas, exclamó:

—Vaya, ya sabes que puedes fumar.

Sintiéndose algo aturdida, se dirigió á la ventana.

—Mira,—dijo volviéndose hacia Máximo,—el ruido va cesando.

Los carruajes pasaban en menor número, y á los lados á lo largo de las aceras, extendíanse grandes sombras delante de las tiendas que se habían cerrado. Desde la calle de Dronot á la de Helder distinguíase una larga fila de claros y oscuros á través de los cuales surgían y se desvanecían las siluetas de los últimos transeuntes. Las mujeres, sobre todo, adquirían el aspecto de apariciones sucesivamente iluminadas y oscurecidas por los resplandores de los cafés, abiertos todavía. Los kioskos parecían en la obscuridad manchas más sombrías.

De vez en cuando veíase pasar una turba de gente, que salía de algún teatro, pero bien pronto reinaba el silencio, y sólo pasaban bajo la ventana grupos de dos ó tres hombres, á los que asaltaba alguna mujer. Discutían algunos momentos y la muchacha generalmente se marchaba cogida del brazo de alguno de los hombres. Otras mujeres entraban de café en café, daban la vuelta alrededor de las mesas, recogían el azúcar olvidado y miraban descaradamente á los consumidores rezagados.

En la esquina de la acera, reconoció Renata á

la mujer vestida de azul, de pie, volviendo la cabeza y siempre en acecho.

Cuando Máximo se aproximó á la ventana, sonrió al ver entreabierta una de las del café Inglés, pensando que su padre estaba cenando allí, pero aquella noche sentía un pudor extraño que contenía sus bromas.

Renata dejó su observatorio. La luz de la lámpara la hizo entornar los párpados. Estaba algo pálida y sentía ligeras contracciones nerviosas en la comisura de los labios. Entre tanto Carlos, preparaba los postres entrando y saliendo con su empaque respetable.

—No quiero comer más,—exclamó Renata,—pueden llevarse esos platos y servirnos el café.

El mozo, acostumbrado á los caprichos de sus parroquianas, retiró los postres y sirvió el café. Llenaba todo el saloncito con su importancia.

—Despídelo,—dijo en voz baja la joven, cuyo corazón latía con violencia.

Apenas había salido, volvió otra vez para correr las grandes cortinas con ademán discreto. Cuando por fin se hubo retirado, dijo Máximo dirigiéndose á la puerta:

—Verás como nos deja en paz.

Y corrió el cerrojo.

—Bien,—añadió Renata,—así estaremos como en nuestra casa.

Empezó la charla nuevamente, y Renata que bebía su café á sorbitos, permitióse tomar además una copita de Chartreuse. La estancia estaba sofocante y se llenaba de humo. La joven se puso de codos sobre la mesa y apoyó la barba entre sus puños medio cerrados. Bajo la influencia de aquella ligera contracción, su boca se hacía más pequeña y sus ojos más achicados. Parecía así su carita más encantadora bajo los ricitos dorados que ya entonces descendían hasta sus cejas. Máximo la contemplaba á través del humo de su cigarro, hallándola muy original.

Había momentos en que no estaba seguro de su sexo; la gran arruga que cruzaba su frente, sus labios, su indeciso mirar de míope, la daban un aspecto varonil, con su blusa cerrada hasta arriba, que apenas dejaba ver una línea de su cuello. Dejábase mirar sonriendo sin moverse, con la mirada vaga é indecisa.

Luego, despertando bruscamente, fué hacia el espejo. Apoyó las manos en la chimenea y comenzó á leer aquellas firmas y aquellas frases atrevidas que tanto la habían impresionado antes de la cena. Deletreaba las sílabas, reía y seguía leyendo como un colegial que repasa su libro.

—«Clara y Ernesto»,—decía,—y hay un corazón debajo que parece un embudo... ¡Vaya! esto es mejor. «Me gustan los hombres, porque me

gustan las trufas», firmado «Laura». Dí, Máximo, ¿es la de Aurigny la que ha escrito esto? Además veo aquí, á lo que parece, las armas de algunas de estas señoras: una señorita fumando en una enorme pipa... Y todo el calendario.—Victor, Alejandro, Amalia, Margarita, Eduardo, Luisa, Renata... ¡Una que se llama como yo!

Máximo veía por el espejo su ardiente cabeza. Renata se empinaba para leer mejor y su dominó tendiéndose por la espalda, delineaba el contorno de sus caderas. El joven seguía con la vista el contorno y se levantó tirando el cigarro. Sentía cierto malestar: le faltaba, sin duda algo acostumbrado.

—¡Ah! mira aquí tu nombre, Máximo,—exclamó Renata,—mira «Amo...»

El joven, sentado en el extremo del diván, casi á los pies de ella, logró cogerla las manos con un rápido movimiento, y la separó del espejo, diciéndola con singular acento:

—No leas eso...

Renata luchaba para desprenderse, riendo nerviosamente.

—¿Por qué? ¿No soy acaso tu confidente?

—No, esta noche no.

No la soltaba, y Renata daba ligeras sacudidas para desprenderse. Mirábase de un modo que no hubieran sospechado, con sonrisa algo contraída

y vergonzosa. La joven cayó de rodillas sobre el borde del diván, y al ver que él la cogía en sus brazos, le dijo con forzada y débil sonrisa:

—Vamos, suéltame, me haces daño.

Aquel fué el único murmullo de sus labios. En medio del profundo silencio del gabinete, donde el gas parecía brillar más vivo, sintió oscilar el piso y oyó el ruido del ómnibus de Batignolles, que volvía sin duda la esquina de la calle... Y todo había concluído. Cuando se volvieron á mirar al lado uno del otro, sentados en el diván, baluceó Máximo, en medio del mismo malestar que les agobiaba:

—¡Bah! Esto había de suceder un día ú otro...

Renata no hablaba.

Contemplaba con semblante alterado las fiores de la alfombra.

—¿Pensabas tú acaso en lo que ha sucedido?— continuó Máximo baluceando más que hablando.

—Yo, per mi parte, ni remotamente... Debí desconfiar de este gabinete...

Pero ella, con acento profundo, y como si toda la honradez de los Berand Du Chatel hubiese despertado en medio de su falta, murmuró desimpresionada ya y con el rostro ajado y serio:

—Lo que acabamos de hacer es infame.

No podía respirar. Dirigióse á la ventana, descorrió las cortinas y se apoyó de codos en el alfeizar.

El ruido de la calle había cesado; la falta se había cometido entre el último acorde del bulevar y el lejano ruinar de los coches.

Bajo la ventana, el café Riche, está cerrado; ni una ráfaga de luz se deslizaba á través de los resquicios de sus puertas.

Al otro lado, brillantes resplandores iluminaban la fachada del Café Inglés, escapándose, de una ventana entreabierta, risas amortiguadas.

Renata alzó la cabeza: los árboles destacaban sus ramas superiores sobre un cielo claro, en tanto que la línea irregular de las casas se desvanecía como á orillas de un azulado mar. Aquella franja de cielo la entristecía más, y sólo entre las tinieblas del bulevar encontraba algún consuelo.

Creía sentir que desde la acera subía hasta ella el calor de los pasos de todos aquellos hombres y mujeres; la vergüenza que por allí se había arrastrado, deseos momentáneos, ofrecimientos en voz baja, todo aquello que se evaporaba y pasaba en la niebla, que ya arrastraba el soplo matutino. Inclínada hacia la sombra, respiraba aquel silencio pavoroso, aquel olor de alcoba, como excitante con que le brindaban aquellas profundidades, como una vergüenza y una complicidad repartida. Y cuando su vista fué acostumbrándose á la obscuridad, vislumbro á la mujer del vestido azul,

sola, en medio de aquella lóbrega soledad, de pie en el mismo sitio, esperando y ofreciéndose á las vacías tinieblas.

Renata, al volverse, encontró á Carlos que miraba en derredor de sí, como buscando algo. Al fin distinguió la cinta azul de su madrastra, arrugada y caída sobre el diván, y se apresuró á entregarla cortesmente.

Sintió entonces toda su vergüenza, de pie delante del espejo, con las manos temblorosas. Intentó volver á colocarse la cinta, pero su peinado estaba deshecho, y no pudo conseguirlo.

El camarero que acababa de entrar, fué en su auxilio, con la misma naturalidad con que la hubiera podido ofrecer un palillo para los dientes, diciéndole:

—¿Quiere el peine la señora?

—¡No, es inútil!—interrumpió Máximo, mirando al camarero con impaciencia.—Ve á buscarnos un coche.

Renata cubrió su cabeza con el capuchón, y al ir á separarse del espejo, se empujó ligeramente para leer las palabras que el ataque de Máximo la había impedido leer, hallando en dirección del techo, y en caracteres torpes y grandes, esta declaración, firmada por Silvia: «Amo á Máximo.» Se mordió los labios y se cubrió aún más con el capuchón.

Una vez en el coche, sintieron un horrible embarazo. Habíanse colocado en la misma forma que al descender del Parque Monceaux, y no hallaban palabra alguna que dirigirse. El interior del carruaje estaba sumido en la opaca obscuridad, y el cigarro de Máximo no lanzaba ya aquella luz rojiza de brasa encendida.

Perdido el joven nuevamente entre aquellas faldas, «de las que estaba hasta la coronilla», se hallaba molesto, silencioso, ante aquella mujer muda que sentía á su lado, y cuyos ojos se figuraba ver completamente abiertos entre las sombras.

Para parecer menos cortado, acabó por buscar la mano de Renata, y cuando la estrechó, su situación le pareció más tolerable.

Atravesaba el coche la plaza de la Magdalena. Renata pensaba que no era culpable, pues no era ella quien deseó el incesto. Y cuanto más reflexionaba, más inocente se veía, en las primeras horas de su escapatoria, en el Parque, en casa de Blanca, y en el mismo gabinete del restaurant.

Entonces, ¿por qué había celido? No lo sabía. Seguramente no había meditado en ello, pues de lo contrario se hubiera defendido enérgicamente. La intención había sido reír, divertirse sencillamente. Y en medio de aquel ruido del carruaje, volvía á escuchar aquella atronadora orquesta del

bulevar, aquel vaivén de hombres y mujeres, en tanto que sentía abrasarse sus ojos por ráfagas de fuego.

Máximo, también meditaba contrariado, enojado por la aventura, echando la culpa de todo al dominó negro. ¿Qué mujer se vestía de aquel modo? ¡Si no se la veía así el cuello! De fijo que no la hubiera tocado ni los dedos, si le hubiese ensañado uno de sus hombros. Entonces habría recordado que era la mujer de su padre.

Finalmente, como no era aficionado á reflexiones desagradables, acabó por disculparse. ¡Después de todo, tanto peor! Procuraría únicamente que no se repitiese.

Desatóse el coche y Máximo bajó el primero para ayudar á Renata. Se dieron la mano como de costumbre, y Renata, por decir algo, y confesando sin querer una preocupación que vagaba en su pensamiento desde la escena del gabinete, preguntó:

—¿Qué significaba aquel peine de que hablaba el camarero?

—¿Aquel peine?... pues no lo sé.

La joven comprendió en seguida. Sin duda en aquel gabinete había un peine, como había un diván, un ce rojo... Y sin aguardar otra explicación, desapareció entre las tinieblas del Parque Mon-

ceaux, creyendo ver tras ella á Silvia y á Laura de Aurigny que la perseguían.

Tenia mucha fiebre y fué preciso que Celeste la acostara y la velase hasta bien de día. Máximo, paseando por el bulevar Malesherbes, meditó un momento para saber si iría á reunirse con la alegre banda del Café Inglés, pero por último, y como un castigo que se impusiera, decidió marcharse á acostar.

Al siguiente día despertóse Renata ya muy avanzada la mañana; después de un sueño profundo y pesado mandó encender la chimenea y dijo que no pensaba salir de su habitación, la cual era para ella un refugio en las horas de melancolía.

A la hora de almorzar, como no bajase al comedor, su marido la hizo pasar un recado preguntándole si podría hablarla un momento.

No se hallaba muy dispuesta Renata á acceder á los deseos de su esposo, pero recordó que el día anterior le había enviado una factura de Worms, que importaba ciento treinta y seis mil francos, una suma ya respetable, y pensó que sin duda él mismo iba á entregársela galantemente.

Volvió á su memoria el recuerdo de la ligera sacudida experimentada el día anterior; miróse al espejo y vió sus cabellos que Celeste había recogido en grandes trenzas, y después de esta ins-

pección se sentó al lado del fuego, oculta entre los encajes de su peinador.

Las habitaciones de Saccard hacían juego con las de su esposa, y en la *neg igé* en que se hallaba en ellas pasó á las de Renata. Muy de tarde en tarde acaecían semejantes visitas, y cuando ocurrían era para tratar siempre de la cuestión de intereses.

Su aspecto, al presentarse, era el del hombre que no ha dormido; tenía los ojos encendidos y descolorido el rostro.

Acercóse galantemente á su esposa y la besó la mano, sentándose en seguida al lado opuesto de la chimenea.

—¿No te sientes bien, querida mía?—preguntó.
—A eso la jaqueca ¿no es verdad? Perdona que venga á molestarte con todos esos fastidios propios del hombre de negocios, pero se trata de un asunto grave...—añadió, y sacó de uno de sus bolsillos la factura de Worms, cuyo papel satinado reconoció en seguida Renata.

—Ayer me encontré con esta factura en mi despacho—prosiguió diciendo Saccard—y no tienes idea de lo que me molesta no poderla pagar en este momento.

Y mirando de reojo á su esposa, quiso estudiar el efecto que aquellas palabras le producían. Renata quedó como asombrada; pero como si de

ello no se diera cuenta continuó Saccard, sonriendo:

—Tú sabes que jamás intervengo en tus gastos; pero me es imposible negar que algunos detalles de esta factura me han sorprendido. Aquí tienes en la segunda página: «Un traje de baile: tela setenta francos; hechuras seiscientos; prestado en dinero, cinco mil; agua del Dr. Pierre, seis». Me parece que es un traje de setenta francos, bastante subido de precio... No, no es que te riña... comprendo todo eso perfectamente. Lo que ocurre es que la factura asciende á ciento treinta y seis mil francos, y aunque no me parece exagerada, lo repito, me es imposible pagarla y eso me molesta.

Renata tendió la mano, y con tono despechado que en vano quiso disimular, dijo secamente:

—Bueno; dame la factura. Ya procuraré yo arreglarla.

—Sentiría que no me creyeras—añadió Saccard, á quien le placía que su mujer dudase acerca de sus angustias pecuniarias.—No es que yo diga que mi situación sea difícil en exceso; pero mis negocios no van bien en este momento... Voy á explicarte, si no te molesto, cuál es nuestra verdadera situación; soy depositario de tu dote y debo hablarte con entera franqueza.

Dejó la factura sobre la chimenea, y con las

tenazas comenzó á remover la lumbre. Entretenerse en aquella operación era una estratagema que había acabado por convertirse en costumbre. Cuando se embarullaba ya fuese hablando de cifras ó de otra cosa, un golpe en las ascuas las desarreglaba, y en seguida se entregaba á la operación de arreglarlas de nuevo. A veces se metía casi dentro de la chimenea para buscar un tizón. Y con la voz sorda y casi perdida conseguía impacientarse é interesar á las personas que le escuchaban, hasta que por fin cansados le abandonaban, pero siempre contentos. Hasta en las casas de los demás se apoderaba de las tenazas. En verano recurría á una pluma, á la plegadera, á un cortaplumas, para jugar y entretenerse.

—Te ruego, amiga mía,—dijo dando un golpe que esparramó todo el fuego—que me perdones si me veo precisado á molestarte entrando en todos estos detalles .. Puntualmente te he entregado la renta de la cantidad que me confiaste, y sin intención de molestarte puedo asegurar que he considerado ese dinero como perteneciente á tu bolsillo particular, para tus gastos privados, sin que nunca se me haya ocurrido exigirte la mitad que te corresponde pagar de los gastos comunes de la casa.

Calló una vez dichas estas palabras. Renata sufría, viéndole hacer un agujero en la ceniza para

enterrar un tronco: sin duda llegaba á un punto escabroso.

—He necesitado, debes comprenderlo, hacer que tu dinero produzca una renta considerable: el capital está asegurado, en cuanto á eso no tienes por qué temer .. La suma procedente de tres fincas de la Sologne, una parte se ha invertido en el pago del hotel en que vivimos, y el resto está colocado en un negocio magnífico: *La sociedad general de puertos de Marruecos*... No estamos en el caso de reducir nuestro tren, es verdad; pero quisiera que reconocieses que en muchas ocasiones se censura á los pobres maridos injustamente.

Debía existir un motivo poderoso para que aquella vez no mintiese con igual descaro que de costumbre. Pero de todos modos la verdad era que la dote de Renata, hacía ya mucho tiempo que había desaparecido; seguía figurando en la caja de Saccard como valor nominal, y si bien pagaba intereses fabulosos, en cambio le hubiera sido imposible presentar nada que equivaliese en valores reales al capital primitivo. Contesaba á medias que los quinientos mil francos que habían producido los bienes de Sologne fueron destinados á pagar el primer plazo del hotel y el mobiliario, que en junto venían á costar unos dos millones, de los cuales más de un millón los debía aún al tapicero y al contratista.